

DEL CUADERNO DE NOTAS

Notas al margen. De la simbolización en psicoanálisis

Beatriz Pereira*

“Te adjunto algunos despojos que la última marea depositó en la playa. Estoy haciendo anotaciones sólo para ti, y espero que me las guardes. No agrego nada como disculpa o explicación: sé que sólo son unas vislumbres, pero de todas estas cosas algo ha salido...”

S. Freud,
1897, Carta 64

Investigando la etimología de “palabra”, encuentro que proviene del latín “parabola”: “comparación”, “símil”, que a su vez vino del griego “parabolè”: “comparación”, “alegoría”, éste a su vez derivado de “paraballo”: “yo comparo”, “pongo al lado”, que incluye “bàllo”: “yo echo”.

Luego, recorriendo las raíces de “símbolo” (más nuevo), viene del latín “symbolum”, tomado del griego “symbolon”, derivado de “symbàllo”: “yo junto, hago coincidir”, y éste de “bàllo”: “yo lanzo”.

En ambos términos encontramos dos aspectos:

- “pongo al lado”, “yo junto, hago coincidir”
- “yo echo”, “yo lanzo”

* Instituto de Psicoanálisis de A.P.U. José Ellauri 490 / 401. Tel. 7100505
E-mail: bepereira@adinet.com.uy

El símbolo, entre los griegos, era la tésera que en Atenas recibían los jueces entrando al tribunal (una especie de medalla de presencia).

Entre los romanos el símbolo también era una tésera (pieza o planchuela con inscripciones, de madera u otro material fragmentable), que se partía a la mitad y cuyas partes eran conservadas por las familias como prueba de hospitalidad dada o recibida, o era usada como contraseña o prenda de un pacto. También era el anillo con el cual se sellaban las cartas, testamentos, etc.

Según J. Lacan (1953, pág. 241), “la palabra, incluso en el extremo de su desgaste, conserva su valor de tésera”, o sea, de símbolo. ¿Cómo comprender esta afirmación?

¿Qué se vehiculiza a través de la palabra en análisis? ¿Qué presencias y ausencias? ¿Qué pactos?

Esta raíz etimológica común entre “palabra” y “símbolo” nos evoca el entramado en el humano entre la palabra y la simbolización y cómo pensar esto en el trabajo analítico.

¿A qué aludo cuando hablo de la palabra?

Rescato de un **“Al margen”** que me sirvió de inspiración (Koolhas, 1979), la “palabra” con toda la riqueza de la condensación de la “parole” (el “parler”, el habla) y el “mot” (lo escrito-inscrito), y a su vez concebida como significante, con su cualidad de gerundio (“signifiant”), con su carácter verbal, de acción. No se trata de “l’etre” (el ser) sino de la “lettre”, la instancia de la letra, quizás como la supone J. García (2002, pág. 396) evocando a Leclair, como “marca erógena”, palabra encarnada.

Esta “palabra”, que no es sinónimo de “verbal” o de “lenguaje”, sino que se anuda al movimiento de represión fundante, de metaforización, como sostiene Myrta Casas (2006), que habilita a imaginar, a representar, pero, a su vez, con otra cara vuelta hacia lo real, lo inconsciente, lo perdido para siempre. La palabra existe porque existe la no-palabra, la ausencia, el agujero. Dice Lacan (1953, pág. 265): “palabra que es ya una presencia hecha de ausencia...”.

Podríamos hablar de un aspecto mítico de la simbolización y nombrarlo como el “mito del encuentro”. Imaginemos una

situación analítica, por ej. donde la fantasía subyacente (¿del paciente o del “campo”, como lo concibieron los Baranger?) sea la del “reencuentro” o la re-unión de algo partido en otro tiempo. Podría ser pensado como el encuentro de sentidos reveladores o el esperado encuentro con el otro.

Comparto la pregunta que (se) formulaba Javier García en una actividad científica de la APU (del 27/10/06; sobre Simbolización en Psicoanálisis): el encuentro, ¿no tiene un estatuto imaginario que, por tanto, remite a lo dual?

Lo que “pongo al lado”, “junto”, “hago coincidir”, respondería a un deseo de recuperar algo de la unión (o unidad) de los orígenes, por lo tanto, mítico. Este lado del símbolo como reunión, entonces, remite al plano imaginario.

Me pregunto si esto es sinónimo de que quede fuera del psicoanálisis, o habría que pensarlo como un aspecto presente inevitablemente, porque forma parte de la naturaleza humana, y, por lo tanto también tiene un lugar dentro del análisis, sin perder de vista a dónde apuntamos en nuestra práctica analítica.

La simbolización en psicoanálisis tendría que ver, fundamentalmente, con el otro lado, tanto del símbolo como de la palabra, de “yo echo”, “yo lanzo”, lo que se divide irremediamente y sin reencuentro posible. De ahí quizás la importancia del silencio y de dejar que brote la interpretación más al modo de una ocurrencia que sorprenda al paciente y no como un producto más pensado, con muchas palabras, que seguramente será concordante con las resistencias (de ambos) siempre en juego.

Podríamos pensar que en análisis, con la escucha y la interpretación en transferencia, el analista se ofrece para poner en escena un supuesto “encuentro”, acompañando la búsqueda del paciente de juntar, hacer coincidir, de integrar, que puede tomar muy diversas formas: en el propio relato, en el armado de nuevas teorías acerca de lo que le sucede, etc. Pero nosotros sabemos que un “encuentro”, una respuesta, un hallazgo siempre re-lanza a otra búsqueda.

En el propio Freud se encuentra todo esto. Lo que se “hace coincidir”, las piezas desentrañadas que luego encajan, como en

su metáfora del trabajo arqueológico o en ciertos momentos de las interpretaciones de sueños. Pero también está el ombligo del sueño, su advertencia acerca del carácter provisional de sus construcciones teóricas, su constante trabajo de “conjeturar” (“zu erraten”), o lo que dice ya en 1897, en el Manuscrito M: “un nexo originario se vuelve inhallable”.

¿Cómo opera la simbolización?

Parfraseando a Lacan, ¿podríamos hablar de “cadena simbolizante”, donde un símbolo cobra sentido en el contexto de otros símbolos?

Quizás lo que importe no sean tanto los “símbolos”, como unidades discretas, sino la existencia de una función simbolizante que habilita, cuando se estructura adecuadamente, al trabajo de simbolización, que implicaría siempre los tres registros descritos por Lacan:

- Simbólico: cadena significativa, “pacto”, introducción del tercero.
- Imaginario: significado, encuentro de sentidos, representación.
- Real: lo perdido, incognoscible.

El habla de una “función simbolizante” (1953, pág. 285) dirigida a “introducir un efecto de significante” y “tendiente a disipar definitivamente el malentendido del lenguaje-signo”. Creo que esto es válido como intento, pero como ya vimos en las discusiones científicas de los viernes, tanto el “malentendido”, el “equivoco”, como la “falla”, el “resto”, son inherentes a la simbolización.

Dice J.Lacan (1953, pág. 270) que “el análisis debería ser llevado hasta el término de la sabiduría” y que somos, como analistas, “practicantes de la función simbólica” (pág. 273).

Me gustó este planteo radical, como norte de nuestro trabajo. Pero luego me pregunté de qué modo es posible “el término de la sabiduría”, y si no es una utopía que a veces vislumbramos pero que siempre se nos vuelve a escabullir y que hay que mantenerla como tal. Porque la omnipotencia y el encerramiento en lo dual

puede anidar en cualquier lado, también en una pretensión ideal de llegar a no estar “contaminados” por eso llamado “imaginario”.

Lo que él propone sólo lo puedo comprender y compartir, por ahora, desde el antedicho anudamiento entre real-simbólico-imaginario, donde no es posible concebir una función simbólica separada de los otros registros. Quizás esto nos permita re-pensar nuestro posicionamiento analítico a la luz de los objetivos que nos planteamos y de las posibilidades tanto nuestras como del paciente y de lo que podemos hacer juntos.

Bibliografía

CASAS DE PEREDA, M. (2006) *Notas sobre simbolización*. Presentado en Reunión Científica de APU., (27/10/06), inédito.

FREUD, S. (1897) *Manuscrito M. A.E.*, Vol. 1, Bs. Aires, 1986.

GARCIA, J. (2002) *La palabra en cuestión*. En: Rev. de Psicoanálisis, LIX. 2, 2002, págs. 391-397.

KOOLHAS, G. (1979) *El significante*. En: Rev. Uruguaya de Psicoanálisis, 1979. 59:45-46.

LACAN, J.(1953) *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En: Escritos 1. Paidós, Méjico, 1983.